

Mani and Augustine. Collected Essays on Mani, Manichaeism and Augustine

JOHANNES VAN OORT (2020).

Leiden - Boston: Brill (Serie Nag Hammadi and Manichaean Studies 97).
630 pp., ISBN: 978-90-04-41695-6; e-ISBN: 978-90-04-41759-5



Franco Nervi

Universidad de Buenos Aires

El reconocido investigador Johannes van Oort vuelca en el presente volumen de la serie *Nag Hammadi and Manichaean Studies* sus años de erudición en el área de los estudios agustinianos, así como de la cristiandad gnóstica, particularmente maniquea. Esta compilación revisada y actualizada de sus artículos constituye un aporte fundamental para los estudios sobre maniqueísmo, así como profundiza las consecuencias que para los estudios agustinianos significó el hallazgo de nuevas fuentes maniqueas a lo largo del siglo XX, el cual es el objetivo declarado y el propósito último de las investigaciones del autor: averiguar en qué medida Agustín fue influenciado por Mani y sus seguidores (p. xi). Es posible encontrar en la obra dos grandes temáticas. La primera parte del libro está integrada por artículos referidos a Mani, la comunidad maniquea y sus textos (pp. 3-131); la segunda, dedicada a Agustín y su conexión con aquellos (pp. 135-442).

En su capítulo introductorio, van Oort ofrece un repaso biográfico del profeta babilonio que fundó lo que llegaría a ser la cuarta religión mundial. El fuerte carácter misionero de la iglesia maniquea permitió que su proyecto soteriológico universal se esparciera desde Mesopotamia hasta el norte de África y España en el Occidente, y hasta China en el Oriente. Frente a una historiografía que –en parte reproduciendo la clásica concepción heredada de los heresiólogos– aún consideraba al maniqueísmo como parte de la historia de la religión irania, el hallazgo del *Codex Manichaicus Coloniensis* (CMC) cerca de Asiut (la antigua Licópolis), en el Alto Egipto en 1970, permitió situar sus orígenes en la tradición judeocristiana, al relatar que Mani fue criado dentro de una comunidad de bautistas elcasaitas. Luego de repasar las fuentes maniqueas canónicas –que Mani se preocupó por dejar por escrito en arameo siríaco, hoy en día solo conservadas fragmentariamente en citas maniqueas o referencias heresiológicas– y no canónicas, van Oort da un sucinto repaso del mito maniqueo y de sus consecuencias microcósmicas. Es que la *gnosis* maniquea, a saber, el reconocimiento de los dos principios o reinos ingénitos de Luz y Tinieblas, del estado presente de mezcla, y del origen divino del

alma en necesidad de redención, tiene consecuencias en la ascesis maniquea. Ocupando el cuarto y quinto rango dentro de la estructura eclesiológica –luego de Mani como *archēgos*, sus doce apóstoles o maestros, más sus obispos y presbíteros–, los *electi* y los *auditores* tenían el deber de liberar la luz divina atrapada en la materia –el Alma Viviente, o el *Iesus patibilis* en las fuentes occidentales–.

La identidad centralmente cristiana del maniqueísmo se refleja en los dos siguientes capítulos, focalizados en el CMC. Por un lado, está la designación de Mani como Apóstol de Jesucristo (cap. II). En una clara *imitatio Pauli*, se sitúa a Mani como el apóstol por excelencia y el Paráclito prometido (cf. Jn 16: 7), y el último eslabón de una cadena profetológica que incluye a Pablo de Tarso y se remonta a la tradición apocalíptica judía. Ciertamente, el apostolado de Mani refiere a una de las figuras del panteón maniqueo, Jesús Esplendor, y no al Jesús histórico –el cual, siguiendo a van Oort, no tiene mayor significación para el maniqueísmo que el resto de los apóstoles–. Por su parte, en el contexto del debate sobre los orígenes del maniqueísmo, en el que han sido destacados aspectos de tradición irania, budista y cristiano-gnóstica en la variedad de fuentes disponibles, en el cap. III se detallan elementos del CMC que para van Oort solo pueden explicarse advirtiendo su origen en fuentes judías o judeocristianas. Luego de un capítulo dedicado al filósofo platónico Alejandro de Licópolis (cap. IV) y su *Contra las doctrinas de Mani*, importante por la información que brinda sobre la misión maniquea en Egipto, así como por su exposición fiel y desmitologizada del maniqueísmo –al que, por cierto, considera una forma de cristianismo–, siguen dos artículos sobre un polémico ritual atribuido al maniqueísmo. Allí son analizados los testimonios de Agustín (cap. VI) y de Cirilo de Jerusalén (cap. VII) sobre un rito eucarístico maniqueo practicado con esperma o fluido menstrual. Van Oort se introduce en la discusión historiográfica sobre la historicidad del controvertido pasaje agustiniano de *De haer.* XLVI.9-10, dando cuenta de que Agustín apunta a un grupo cismático dentro de los *electi*, los cátaros, quienes pondrían

en práctica el episodio mitológico de la “Seducción de los Arcontes” relatado en el *Tesoro*—una de las obras de Mani, de la que se conservan tres fragmentos en al-Bīrūnī y Agustín—. Agustín es el único testimonio de esta variedad al interior de la comunidad maniquea, y su crítica es, con todo, aguda, pues el principio maniqueo de liberación de la luz o *vitalis substantia* dispersa en plantas, animales y seres humanos, a través del consumo ritual y de la digestión de frutas y vegetales por parte de los *electi*, conduce a este particular rito eucarístico, en última instancia fundamentado en los propios textos maniqueos.

El cap. VII constituye una nueva evidencia de la esencialidad del elemento cristiano en el maniqueísmo tanto occidental como oriental. Van Oort analiza allí la presencia de la metáfora de Cristo como Mano Derecha, central en la soteriología maniquea y por su significación ritual—particularmente para el de imposición de manos—, en el *Salterio* copto, el *Kephalaion IX*, así como en una breve selección de las fuentes provenientes de Turfán y Dunhuang. Tal metáfora aparece también en pasajes de la *Epistola fundamenti* proporcionados por Agustín. Para van Oort el hecho de que Agustín no se oponga al uso de esta metáfora podría indicar que ya estaba familiarizado con su empleo doctrinal y ritual en sus épocas de *auditor*. Asimismo, la centralidad de Jesús se manifiesta en la escatología maniquea presentada en el CMC, el *Sermón de la Gran Guerra* copto, y el *Šābuhragān*—el único texto conservado atribuible directamente a Mani, escrito en persa medio— (cap. VIII). El ciclo final de la historia de la salvación comienza con Mani como el último profeta escatológico y su posterior martirio—descrito en términos de una crucifixión—. Le siguen la Gran Guerra entre las fuerzas del Bien y del Mal—período en el que la iglesia maniquea sufrirá de persecuciones—, la venida de Jesús Esplendor (Xradešahr en el *Šābuhragān*) como juez—retomando la apocalíptica cristiana, por ejemplo, de Mt 25—, culminando con la destrucción del mundo, la liberación de la luz, y el eterno aprisionamiento de las Tinieblas en el *bōlos* (o *globus horribilis* en Agustín). Nuevamente, a pesar de la presencia de terminología zoroástrica, para van Oort la escatología maniquea manifiesta su procedencia cristiano-gnóstica. Gnóstica por su mensaje central del *Noūs* que rescata al alma de la *hýle*; cristiana porque, en esencia, todas las figuras salvíficas del mito maniqueo son representaciones de Cristo (p. 121).

Introduciendo la segunda sección, el cap. X retoma la estrecha ligazón de Agustín a lo largo de toda su vida con el maniqueísmo. Atraído sobre todo por su piedad cristiana más que por su sistema doctrinal, perteneció por casi una década como miembro *auditor* a la iglesia maniquea de Cartago. Sus escritos polémicos hacia los

maniqueos—extendidos desde épocas de su bautismo con el *De moribus* hasta el *De natura boni*—, reflejan la innegable influencia de dicha experiencia en sus escritos. Influencia perceptible, de mínima, en las posiciones antitéticas que ocasionaron los debates con sus ex correligionarios. Fueron las críticas maniqueas las que lo llevaron a buscar, por ejemplo, una interpretación antimaniquea del Génesis, así como a legitimar la autoridad del Antiguo Testamento. El vínculo de Agustín con la iglesia y los textos maniqueos es profundizado en los capítulos siguientes. Especialmente en el capítulo XI, *Manichaean Christians in Augustine's Life and Work*. Allí van Oort hace un repaso comprensivo de todo el *corpus* antimaniqueo, que denota el conocimiento preciso que el Padre latino poseía del mito maniqueo y sus consecuencias éticas, su doctrina escatológica, su particular cristología, así como de su organización eclesiológica y litúrgica. En un mismo sentido, las actas del debate con el presbítero maniqueo Fortunato (cap. XIII) no solo revelan el erudito empleo del recién ordenado Agustín de terminología maniquea: demuestran que Agustín ya conocía dos textos del canon maniqueo, la *Epistola fundamenti* y el *Thesaurus*.

El propio van Oort ha inspirado nuevos estudios sobre el contexto de producción de las *Confessiones*, cuyos libros atestiguan estar atravesados por una interpelación constante a un auditorio maniqueo. Retomando esta perspectiva, analiza la plegaria inicial de *Conf. I.1.1* (cap. XIV). Acto seguido, con un atento trabajo sobre los manuscritos, y en polémica con otros investigadores, repasa los pasajes de las *Confessiones* que atestiguan la lectura—y no solo la recepción oral— de textos maniqueos por parte de Agustín en sus épocas de oyente (cap. XV). En este punto son valiosos los testimonios que brinda Agustín sobre otros *auditores*, quienes aparecen dedicados al estudio, e incluso la copia, de textos maniqueos. Para van Oort no se trata de casos excepcionales, sino de actividades propias de los catecúmenos maniqueos, y en las que probablemente Agustín haya estado igualmente involucrado. Luego de abocarse al contenido polémico de *Conf. III.10* (cap. XVI) y su precisa utilización de términos técnicos maniqueos, y advertido el auditorio maniqueo que recorre toda la obra, los dos capítulos siguientes alientan la hipótesis de una influencia positiva del maniqueísmo en el empleo de ciertos conceptos e imágenes a lo largo de las *Confessiones*. El cap. XVII repone exhaustivamente la metáfora de Cristo como “Mano de Dios”, y el XVIII realiza un seguimiento de *Conf. X.1-38*, donde, en su tratamiento de la memoria, se encuentran paralelos llamativos con el *Keph. LVI* y su descripción de los sentidos espirituales, así como del espacio interno de la memoria. En un seguimiento del relato autobiográfico de las *Confessiones*, van Oort

subraya el carácter específicamente sexual atribuido al pecado de la *concupiscentia* (cap. XIX). El cap. XX está dedicado a la *Epistula* de Secundino a Agustín –una de las fuentes latinas maniqueas más importantes luego de los *Capitula* de Fausto–. En ella, además de advertirse la familiaridad de este *auditor* con textos maniqueos –así como, argumenta van Oort, con el *Diatessaron* de Taciano y el Evangelio apócrifo de Tomás–, se manifiesta su conocimiento tanto del Evangelio y de las cartas de Pablo, como su hábil empleo polémico del Antiguo Testamento y los Hechos canónicos para convencer a Agustín de que regrese con los maniqueos. Luego, en el análisis del *Sermo* CLXXXII (cap. XXI) y de pasajes del *De civ. Dei* (cap. XXII), las grandes críticas de Agustín hacia sus ex correligionarios –a saber, su negación de la encarnación de Cristo y el carácter docético de su cristología (salvando la dificultad de aplicar esta categoría a la compleja cristología maniquea), su creencia en la consustancialidad entre el alma y Dios, su doctrina de las dos naturalezas, así como su concepción del mal como *substantia*– vuelven a probar la fidelidad de su testimonio. Así también en su última exposición, esta vez sistematizada, en *De haer.* XLVI (cap. XXIII). Los caps. XXIV y XXV, por su parte, se involucran con la acusación que el pelagiano Juliano de Eclana lanzara

contra Agustín. En el contexto de la controversia sobre la *concupiscentia sexualis* y el origen del pecado original, el obispo de Italia señala que, así como un etíope no puede cambiar su piel, ni un leopardo quitar sus manchas, Agustín no puede sacarse lo maniqueo (cf. *Contra Iul.* IV.42). Ofreciendo un análisis pionero en este tema de fuentes maniqueas, van Oort concede que la caracterización agustiniana de la concupiscencia como un *motus inordinatus* causante de la propagación del pecado efectivamente es deudora de la tradición maniquea. Por último, recientemente se han visto las primeras publicaciones sobre el rol de la mujer en el maniqueísmo, y el cap. XXVI aborda este tópico a través de las referencias proporcionadas en textos de Agustín.

La sección final del libro está integrada por reseñas comentadas de van Oort a publicaciones actuales relevantes en los estudios maniqueos (pp. 447-508) y agustiniano-maniqueos (pp. 509-553). Culminando con una serie de índices de obras y conceptos, todo el trabajo de van Oort se desarrolla a partir de un minucioso estudio de las fuentes originales, con una constante referencia a ediciones y bibliografía actualizadas. Sin lugar a duda, constituye una colección de estudios fundacionales en el área.